



Expreso, 25 de noviembre de 1999

JUEVES 25 DE NOVIEMBRE DE 1999 ♦ 1 P 31

EXPRESO

Consenso por la democracia

Víctor Samuel Rivera

La democracia necesita defensores. Esto es algo que quienes nos dedicamos al pensamiento no ignoramos. El desarrollo de las ideas filosóficas en relación con la política a lo largo de los últimos lustros ha desencadenado una gran respuesta en el mundo académico occidental al respecto. El público culto, por lo demás ajeno a estas discusiones, ignora la dimensión y el alcance, tanto de las críticas al sistema de pensamiento liberal, los a veces turbios matices de sus partes grises y, más todavía —debo confesar— las formas viables de que dispone el quehacer intelectual para defender lo que de él merece conservarse. Confesaré que mi reciente lectura de *Agenda Perú* (que ya comentaré en otra oportunidad) me ha dejado claro nuestro, hasta hace diez años aún impensable, consenso por la democracia. Un buen comienzo. Pero ese consenso sigue por ahora el mismo derrotero que el que tuvo el republicanismo el siglo pasado, el positivismo y el darwinismo entre el periodo del guano y el oncenio, el mismo que tuvieron a su turno el proteccionismo económico, el nacionalismo de izquierda y el marxismo recientes. Nuestro consenso actual, que comparto, arrastra los mismos riesgos de todos los consensos ideológicos de nuestra historia republicana. El principal de los cuales es, debo decir, la renuncia a la idea de nación de parte de nuestros actores políticos. En nuestros consensos hemos creído más o menos involuntariamente.

Con la excepción digna de personajes de nuestra historia nacional como Monteagudo, Riva-Agüero, Basadre, Haya o Mariátegui, hemos asumido como pueblo la más completa identifica-

ción del pensamiento de nuestras élites con nuestro comportamiento político. Desde que pasamos de la sociedad clásica y jerárquica virreynal, nuestro camino por los consensos ha constituido una serie de ficciones políticas, uno de cuyos últimos experimentos ha sido nuestro paso por el aterrador "Sendero Luminoso de Mariátegui", del que ahora parece fácil olvidarse. Hemos vivido políticamente sobre una vegetación de errores cuyo brillo jamás fue lustrado en la teoría, sino padecido en la maleza de la práctica. El vicio fundamental ha radicado en una completa sumisión intelectual, en una renuncia trágica —en el mejor sentido de la palabra— a reconocer y admitir realidades, en el heroico —pero frustrado— intento por reproducir Madrid, París y Nueva York, Moscú y Pekín, por hacer que lo que en otros medios es pensamiento se traduzca aquí en realidad, pero ya sin pensamiento. La nación peruana creada por Bolívar ha sido, desde el violento parto gestado por su fundador, no otra cosa que una modesta subsidiaria de la historia política ajena.

Las comunidades políticas deben, están obligadas moralmente a, constituirse en realidades conceptualmente viables. Y el punto de partida es el previo reconocimiento de lo que realmente se es. Me sorprende de cómo una buena parte de nuestra élite política piensa y vuelve a pensar nuestro destino como la continuación de una historia cuyo despliegue ya ha sido pensado antes por algún otro, en un café de Berlín, París o Nueva York.

Esta vez nuestro consenso parece alistarnos en la democracia.

Sin duda que en un contexto occidental en el cual ésta es un valor irrenunciable para la coexistencia política. Pero, ¿qué democracia? Una parte significativa de nuestras élites adhiere aquí un esbozo risible de lo que en otros lares es objeto de debate y discusión. Se suscribe, cosa que espanta, el sacrificio de la nacionalidad, el individualismo radical, la disolución de los valores y creencias fundamentales que le han dado existencia histórica a la entidad política que llamamos (algunos con afecto) "Perú". Es indignante cómo los "demócratas" criollos echan por tierra los elementos más fundamentales de nuestra (eventual) identidad política. Reproducen, jacobinezca, cruda, inescrupulosamente, las consecuencias más básicamente detestables del modelo democrático estándar, dispuestos, cual caudillos y dictadores del pasado, a pasar a la historia más por lo que han destruido que por lo que han llegado a crear por su mérito.

Los parámetros de nuestra democracia pasan por admitir la nacionalidad. Por reconocer, como el paciente en el diván del terapeuta, qué se es, como requisito de la cura. Cualquier cosa que queramos llegar a ser pasa primero por la admisión de nuestras creencias morales y religiosas, por nuestras costumbres, diversidad étnica y cultural y, lo que es más importante, por el cultivo de esa realidad social sin la cual toda política no es más que capricho, experimento, retórica, sino aún peor, mentira, ambición o mezquina vanidad.

(*) Miembro de la Sociedad Peruana de Filosofía